

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

EL PASAJE DE LA LUNA

(TRIESTE,
Madrid, 1984)

INDICE

1.—El gabinete de la plaza del Castillo	[11]
2.—Homenaje en el Grand Hotel	[31]
3.—El cabaret de la Cotorra Verde	[51]
4.—Madame Hélène Scouffi	[73]
5.—El cafetín del Moro Juan	[95]
6.—El Club de los Asesinos	[115]
7.—La casa de la turca	[145]
8.—El Hotel del Cisne	[163]
9.—El coche sin número	[187]

EL PASAJE DE LA LUNA

(1982)

I,

**EL GABINETE DE LA PLAZA DEL CAS-
TILLO**

CAE, cae la noche sobre Pamplona. Van a cerrarse las puertas. Retumban los cañones en los baluartes: una nubecilla más contra el cielo plomizo de finales de noviembre. Tañen campanas —quizá sea a muerto— lejanas, apagadas por la niebla que sube del río, escala las murallas y va metiéndose en los puestos de guardia, entre las troneras; ascendiendo por las calles, llenando plazas, cerrando callejuelas, belenas y pasajes. En las casas comienzan a encenderse luces difusas: amarillentos, azafranados recuadros. La niebla, como una vegetación acuática, se enreda en las farolas, en los árboles, en las fuentes, en las estatuas y oculta a la Mari-Blanca y al pequeño Neptuno. Los comerciantes echan los cierres a sus comercios con un ruido seco de madera contra madera. Como peces en aguas turbias, cruzan las calles rápidas sombras. Suena un cornetín hacia Capitanía; le contesta otro desde el baluarte de Labrit y otro más desde los cuarteles de Caballería.

*
**

Enrique Estébanez, modesto aficionado a la Lógica Matemática y a otras ciencias menos precisas, se levantó de su sillón favorito y abriendo las puertas penetró en el mirador del gabinete. Comprobó cómo la noche se había instalado una vez más al otro lado y con la mano practicó un ojo de buey en el vidrio empañado. A través de él miró largamente en la silenciosa y amarillenta

niebla; intentó penetrarla como si buscara algo o a alguien. Sólo vio el paso muy pálido de los fanales de un coche de caballos, el halo de las farolas y, algo más allá, la mortecina inundación de luz de los cafés; también algunos bultos imprecisos que entraban y salían. La Plaza del Castillo estaba ahogada por la niebla y el silencio. Enrique Estébanez volvió al interior de su gabinete con un leve gesto de fastidio y pasó, como la sombra de un pájaro, por el negro espejo que los vidrios de la puerta del cuarto alzaban en la noche. En el alto espejo isabelino que estaba sobre la chimenea, se contempló durante un instante y sólo allí vio la vasta biblioteca —un palacio o una cárcel de palabras donde dicen que está encerrado el mago Merlín—, la luz de confitura de las lámparas que iluminaba un indefinible desorden y, en un rincón, el gramófono girando. Por un momento tuvo la impresión de que la imagen que se ofrecía ante sus ojos se agitaba, como las aguas de un pequeño estanque en el que alguien hubiera introducido una mano, por la percusión de las notas demasiado lentas de la *Pavana para una infanta difunta*; pero sólo se trataba de uno de sus habituales espejismos.

Suspirando, se acercó a la repisa de la chimenea, tomó el frasco violeta que estaba sobre ella y sacó la jeringa hipodérmica de su estuche de cuero. Con sus largos dedos, blancos y nerviosos, ajustó la delicada aguja y sin tardanza llevó a cabo la operación de cargar la jeringa. Luego se arremangó la manga izquierda de la

camisa y su mirada, pensativa y fija, fue de su nervudo brazo, lleno de marcas y cicatrices dejadas por anteriores inyecciones, al plano inclinado del espejo, como si quisiera comprobar la exactitud de sus movimientos. Por último, hundió en su brazo la aguda punta de la aguja y empujó hacia abajo el delgado émbolo. Terminada la operación, devolvió la jeringa a su estuche y, dando un prolongado suspiro de satisfacción, se dejó caer en su sillón orejero. Echando una distraída mirada al fuego, retomó los pasatiempos de sus antiguas y queridas ediciones *De La Magie Septentrionale* de Olaius Magnus y la maravillosa *Sphoera* de Ioannis de Sacro Bosco, de 1564, con sus aparatos y planisferios móviles, en los que había estado ocupado hasta entonces.

Eduardo Osten, echando un bufido, arrojó al suelo las arrugadas y amarillas hojas del periódico que estaba leyendo, *El Eco de Pamplona*, se sirvió una copa de champagne y en tono zum-bón le preguntó a Enrique:

—¿Hoy qué es, morfina o cocaína?

—Cocaína —contestó perezosamente Enrique—. Una solución al siete por ciento. ¿Quieres probarla?

—No, gracias. Me despeja la cabeza. Me aclara las ideas y ya sabes que yo tengo debilidad por las ideas embrolladas, embrionarias y que, dentro de lo posible, conduzcan a la imperfección.

Diciendo esto, Eduardo lanzó una estridente carcajada que tenía algo de maligno.